de retirada para todos; permanecí solo con mi hotentote; el tigre para ganar otra espesura pasó como á cincuenta pasos de mí seguido de los perros. En su tránsito disparamos las escopetas, y por algunas manchas de sangre y por el ardor que mostraban los perros presumimos haberle herido; el matorral en que se habia refugiado era menos espeso que aquel del cual habia salido. Algunos cazadores se aproximaron, y en el espacio de una hora, hicimos á la espesura mas de cuarenta disparos. Cansado de aquel ejercicio monté á caballo y me dirigí al lado opuesto de donde cargaban los perros, presumiendo sorprenderla mientras hacia cara á aquellos. Cuando hube tomado mis precauciones disparé sobre ella asi que la divisé, despues de lo cual desapareció. Como no se la sentia, juzgué que debia estar muerta ó peligrosamente herida; pero sin embargo, no me pareció prudente internarme solo; asi, que invité á los demas comaradas á que me acompañasen, en el concepto de penetrar reunidos y en accion de derribarla de una descarga si nos acometia. Esta proposicion no fué del gusto de los demas, por lo que decidí buscarla acompañado solo del hotentote, al que encargué montase á caballo y se aproximase hasta ver si la descubria, en tanto que yo guardaba la entrada por si trataba de escapar. No bien habia dado un paso cuando gritó que veia al tigre tendido, sin movimiento, al parecer muerto. Para asegurarse le asestó un tiro; fuíme al punto á reunir con mi valiente hotentote que participaba de mis emociones de alegría. Sacamos al animal de la espesura, pudiendo asi contemplar á mi gusto su enorme magnitud. Le admiraba con orgullo, era mi primer ensayo, que por casualidad se habia operado en un tigre de buena raza; desde la punta de la cola hasta el hocico tenia siete pies y dos pulgadas por una circunferencia de cerca de tres pies. Examinándole, reconocí todos los caractéres de la pantera descritos por Buffon con tanta exactitud, no obstante que en toda la colonia no le denominan de otro modo que por tigre.

En general en las colonias se teme á la pantera mucho mas que al leon. Este no se aproxima sin anunciarse con rugidos espantosos, dando la misma señal para la defensa; la otra al contrario une la perfidia á la ferocidad, se acerca sin ruido, se desliza con destreza, busca la ocasion, y saltando sobre su presa la arrebata antes de sospechar siquiera su aproximacion. Despues de hacer mis observaciones acerca de la pantera y de sacar su bosquejo, nos creimos en el caso de despojarla de la piel. Poco á poco se fueron acercando los poltrones, y puede juzgarse de su confusion al vernos operar tan tranquilamente, y en verdad que de algo tenian que avergonzarse, ante quien por primera vez se habia encontrado mano á mano con una fiera, y habia mostrado siendo estrangero mas intrepidéz que todos ellos habiendo nacido en Africa.

Cuando mi hotentote hubo arrancado la piel á la fiera, se cubrió con ella, y cuando ufanos de regreso marchábamos seguidos de una porcion de perros, cuyos amos se habian eclipsado, nos sirvió de diversion el terror que aun les infundia aquella piel, particularmente cuando mi hotentote hacia que se volvia en ademan de acometerlos.

Con este hecho cundió mi reputacion de cazador á tal punto, que á poco recibí una invitacion de otro colono que vivia á cuatro leguas de nosotros, suplicándome que ayudara á sus hijos á cazar una pantera que devastaba sus posesiones.

Lo que acababa de sucederme en mi primera espedicion no me dejó con deseos de empeñarme en otra, por no verme espuesto á ser víctima de la cobarde desercion de los demas; asi que me escusé diciendo al mensagero que no habia traido por objeto á aquellas regiones emplearme en la estincion de la raza de los tigres, servicio que despues de todo redundaba solo en provecho de los poltrones; que si la casualidad me deparaba trances de aquella naturaleza, procuraria salir de ellos como me fuera dable, y que por lo tanto ni impetraba auxilio de nadie, ni tampoco prestaria á nadie mi cooperacion. Hasta tal pun-

to habia mi buena estrella escitado mi orgullo; por entonces lo menos me creia un Teseo.

Fuera de propósito confundí aquellos colonos con los que me asistia el derecho de quejarme. La invitacion era de uno con quien despues tuve ocasion de entablar relaciones, y por cierto que me arrepentí de la prevencion que alimenté por sus hijos, pues llegó el caso de dar en mi presencia pruebas de que no se arredraban en un momento crítico.

El tiempo que me habia limitado al despedirme de monsieur Boers, habia trascurrido; la estacion favorable para mi viage en el interior del pais se venia próxima; me era menester hacer grandes preparativos y recoger informes, todo lo que requeria tiempo. Asi, pues, me despedí del buen Slaber y de toda su familia, de la que me separé con sentimiento. Allanados los obstáculos, libre de cuidados, de inquietudes, y mas ligero que habia venido, dirigí una mirada á la bahía de Saldaña y me puse en camino para el Cabo.

XI.

EL CABO. INVASION DE LOS CAFRES EN 1837 (1).

La suerte de los hotentotes habia mejorado considerablemente desde la entrada de los ingleses en el cabo de Buena-Esperanza; pero la prosperidad de la colonia habia recibido un golpe funesto. El acta de emancipacion de esclavos, y los medios acordados para indemnizar á los propietarios de esta espoliacion de su fortuna, fueron dos medidas igualmente desastro-

(1) Estractado del viage de circunnavegacion de la fragata Artemisa en 1837 y siguientes, por Mr. Laplace, capitan de navío.

sas que no dieron otro resultado que la carestía de los jornales, y aunque como consecuencia natural de tal estado de cosas se acreció el valor de la riqueza territorial y de la industria, disminuyó mucho la arribada de buques para provisionarse, á causa de los incesantes progresos del arte de la navegacion.

Sin embargo, todavía no pareció satisfacerse con estos rudos golpes la ternura de ciertas sectas para con la raza negra, y valiéndose de su influencia con los cafres en Africa, y en Lóndres con sus adeptos en las cámaras, dispusiéronse á dar otro mas terrible.

Poco á poco, merced á la tranquilidad que disfrutó el pais desde la invasion de 1818, íbase reponiendo de los sacudimientos que habia esperimentado, cuando los cafres, mostrando entre sí un acuerdo de que no habia ejemplo, invadieron el territorio, precisamente del lado que estaba mas desguarnecido de medios de defensa, y llevaron la devastacion y saqueo hasta el corazon mismo de la colonia. Las causas de esta inmotivada invasion son por demas misteriosas, si bien por las recriminaciones de los colonos, y los ministros metodistas establecidos entre los irruptores, hay motivos para discurrir que para llevarla á cabo debió entrar por mucho el fanatismo, los intereses, y el amor de dominacion de los misioneros. Sin embargo, es asunto para cuya decision seria menester meditar detenidamente, las razones de acusadores y metodistas, aunque depone mucho en favor de los primeros la uniformidad de miras de los gefes invasores, casi siempre enemigos jurados entre sí, y la homogeneidad de opiniones cuando obligados á renunciar á sus locas esperanzas entraron en pacíficas negociaciones.

Felizmente para la colonia, no se demoró demasiado este momento; envanecidos los cafres con el buen éxito de su primera tentativa, se internaron cada vez mas, hasta encontrar en los naturales secundados por las tropas enviadas en su auxilio, una resistencia que se trocó muy pronto en iniciativa de ataque tan vigoroso, que los rechazaron hasta las

Familia de un boor salvada por una muger cafre.....

orillas del Gran-Poisson, donde aunque en tono de vencedores, propusieron transigir si se les concedia la posesion del fruto de su rapiña. Semejante condicion fué acogida con el desden que se merecia, y en su virtud renovadas las hostilidades con mas brio que nunca, pues habia llegado en persona el general gobernador con tropas de refresco. Palmo á palmo defendieron los cafres la posesion del terreno que habian conquistado, hasta que considerando muertos en su derredor sus principales gefes, perdidos los ganados que arrebataron, y rechazados hasta la frontera del territorio europeo, entraron en negociaciones para terminar la guerra, ofreciendo deponer las armas; pero como se les exigiese estender la frontera cuarenta leguas dentro de su territorio, y no convinieran en ello, continuaron con encarnizamiento la resistencia, hasta ser completamente derrotados y reducidos á rendirse á discrecion.

Asi terminó una guerra acerca de la cual todavía alzaban la voz los partidarios de los misioneros para ensalzar la humanidad y desinteres de los depredadores de la colonia, en tanto que calificaban á los defensores de su integridad de espoliadores y verdugos de los inofensivos salvages.

Restablecida la tranquilidad, fuese recobrando el pais de sus pérdidas, y merced al celo del gobernador, se pobló de emigrados el distrito recien adquirido, el cual recibió el nombre de Adelaida, en honor al nombre de la reina de Inglaterra. De este modo todavía la colonia podia aguardar dias prósperos; pero los misioneros con su influencia consiguieron que el gobierno censurase la conducta del gobernador, y le encargase tratar á los cafres como gentes cuyas pacíficas intenciones habia desconocido, y hácia los que no guardaban los blancos la consideracion que se les debia. La relacion de sus escesos fué calificada de calumniosa, y con gran consternacion de todos recibióse órden de restituirles no solo el distrito de Adelaida, sino tambien una gran parte del de Albany, cuya posesion disfrutaban hacia mas de quince años, y en el que habia estableci-

dos millares de emigrados. La frontera oriental de la colonia, debia, pues, considerarse desde entonces limitada por la orilla del Gran-Poisson.

A esta sazon llegué á la colonia, cuando era universal el disgusto y el descontento; el gobernador indignado de las calumnias del partido de los misioneros habia hecho dimision, la cual le habia sido admitida. A causa del trastorno producido por la espropiacion de los colonos del territorio devuelto á los negros, habian esperimentado una subida estraordinaria de precio los artículos de primera necesidad, y de consiguiente disminuido considerablemente la esportacion y el provisionamiento de los buques en estacion; la industria, como es de suponer, no se resentia menos que el comercio. Asi es como el gobierno inglés ha destruido para siempre la prosperidad de una de sus mas importantes colonias por su condescendencia en satisfacer los deseos de esas congregaciones de misioneros tan influyentes en Inglaterra.

Las desgracias que han esperimentado los habitantes del antiguo establecimiento holandés, no han producido cambios tan notables en el Cabo Town que pueda observarlos un viagero á primera vista; por todas partes se descubre cierta magnificencia que anuncia el centro de los negocios de una poderosa colonia; sus edificios son bellos, sus calles espaciosas, y provistas la mayor parte de un canal guarnecido de árboles cuyo ramage defiende á los transeuntes de los rayos del sol. Como estábamos en verano, y á la hora del medio dia el calor era muy intenso, hacia mis escursiones por la mañana temprano, recorriendo la ciudad en todos sentidos. De uno de los innumerables botes que acuden alrededor de los buques anclados y despues de dejar á un lado los rebellines del castillo de Williams, cuya base baña el mar, y al otro el edificio destinado á aduana, saltaba á tierra en una anchurosa plaza de forma rectangular, guarnecida de dos hileras de árboles y de un lecho para la corriente de las aguas llovedizas. Esta plaza, está ro-

deada por tres de sus lados de magníficos edificios, entre los que se distinguen los antiguos almacenes de la compañía, trasformados hoy en cuartel, y cuartel capaz de alojar muchos regimientos. El conjunto de estos edificios ofreceria un aspecto soberbio, si no descollara un edificio destinado á bolsa y biblioteca, el cual por su poca esbeltez y ninguna elegancia, contrasta desgraciadamente con sus colaterales. Dando de espalda al mar, entraba en una calle espaciosa, en la cual divisaba mil objetos que escitaban mi atencion, sobre todo, concerniente á los edificios construidos de piedras ó de ladrillo, y descollando en unos la arquitectura holandesa, al paso que en otros se notaba la tendencia del gusto de las casitas á la inglesa.

De la mayor parte de aquellas lindas habitaciones salian una porcion de gentes, que á caballo ó en elegantes carruages aprovechaban aquella hora para disfrutar de la temperatura agradable de la mañana, en tanto que comenzaban tambien á circular gran porcion de carretadas tiradas por una ó mas parejas de bueyes que venian á depositar sus carguíos en los almacenes de la ciudad.

Estraordinariamente me distraia presenciar todas aquellas escenas matutinas, hasta que aturdido por los gritos de los carreteros, por el polvo que levantaban sus carros, y mas que todo, por el temor de que me atropellasen, me encaminaba hácia el paseo inmediato á la residencia del gobernador, que en otro tiempo parece formaba parte del jardin de la compañía, el cual, á pesar de su belleza y frondosidad, es poco concurrido de los vecinos de la ciudad, que prefieren engolfarse por sus empolvadas calles.

A aquella deliciosa sombra acudia yo á buscar en la frescura y soledad esparcimiento al ánimo; el susurro de las regueras que bañan el pie de la alameda, el gorgeo de los pajarillos y la consideracion de las plantas y las flores, me hacian esperimentar una sensacion deliciosa que puede comprender tan solo todo hombre apartado de los seres que le son queridos,

condenado á una reclusion casi continua, y lo que es mas cruel aun, á un aislamiento moral. Mi espíritu vagaba á merced de la fantasía, ya recorriendo lugares apartados ó ya considerando los cuadros de jardinería que tenia ante mis ojos, y de bosquete en bosquete, y de calle en calle, llegaba á dar vista al palacio del gobernador, edificio espacioso, cómodo, situado en medio de una campiña agradable que contenia un parque y un jardin botánico.

Sin embargo, todo esto hoy no es mas que un pequeño resto del régio esplendor en que en otro tiempo vivia la primera autoridad del Cabo: el gobierno ha disminuido de tal modo los emolumentos de sus primeros empleados en las colonias, que son pocos los que pueden sostener una representacion conforme á su rango, ó á lo menos semejante á la que ostentaban sus predecesores. Sin embargo, el edificio que contemplaba era bastante digno del gefe de una gran colonia; su posicion en el centro de jardines deliciosos, no podia mejorarse bajo el punto de vista de lo ameno, ni tampoco respecto de su utilidad, puesto que, merced á una disposicion nunca bastante agradecida, reunia en su derredor las dependencias de casi todas las administraciones públicas.

Al pie de la Tabla, en el suave declive que se estiende desde su base hasta el mar, está edificada la ciudad de Cabo, dominada por la blanquecina montaña casi despojada de vegetacion. Sin embargo, antes de su completa aridez, entre las quebraduras del terreno, divísanse esparcidos lindos huertecillos y casitas de recreo dispuestas con todo el esmero y gusto que reservan los ingleses á este efecto. Aqui terminaba mis paseos matutinos parándome muchas veces á considerar alternativamente este paisage y el inmenso Océano, sobre cuya azulada superficie se destacaban los bancos de arena de la costa y los picos de roca contra los que se estrellaban las olas. Interrumpia solamente la uniformidad de esta perspectiva, la isla de Roben, en la cual, á través de la bruma percibia con-

fusamente el presidio, edificio que albergaba los penados por la justicia, que se ocupaban por cuenta del Estado en la esplotacion de canteras.

Entre estos desgraciados, moraban frecuentemente tambien otros que lo eran mas, pues que debian su mala fortuna á la implacable política de los holandeses, siendo muy difícil enumerar los gefes malayos que con su libertad y su vida pagaron en aquellos horribles lugares la resistencia que opusieron á los tiranos de su patria. Alli, en un terreno completamente despojado de árboles, y castigado por los huracanes y las conmociones subterráneas, vejetan aquellos desterrados que tardan poco en sucumbir de disgusto y fastidio. ¡Cuántas veces tienden la mirada á considerar el canal que separa su prision del continente! En este canal de pocas millas de anchura, está la mar embrabecida, y cuantos han tanteado franquear aquel paso en endebles embarcaciones han sucumbido.

Aunque se aproximaba la estacion rigorosa para aquellos mares, estacion en que queda desierta la rada, todavía ofrecia esta un aspecto animado al considerar los pocos, pero bellísimos buques que esperaban por desgracia de un momento á otro su partida antes que comenzasen las brisas. Sobre un plano mas cercano divisaba la ciudad y los mas notables edificios, modernos en su mayor parte, pues daba vista hácia donde la poblacion comenzaba á estenderse. El colegio africano, el campanario de la bellísima iglesia anglicana, y un poco mas apartada la torre del templo luterano y la de los protestantes, forman un panorama seductor; alli cada religion y cada secta tiene su punto de reunion y su pastor, á aquel le cuidan y conservan con esmero; al segundo retribuyen ámpliamente con el interés y buen afecto que le profesan.

Próximos al pico de Verta, que tambien descubria, pasan generalmente los buques que vienen á la bahía, siendo aquel sitio por esta razon y por la frescura del ambiente, el punto de reunion de la buena sociedad. Alli tambien es donde en ciertas

épocas del año, concurre la poblacion en masa á presenciar las carreras de caballos, moda introducida por los ingleses, siendo la razon de su frecuencia una de las que mas deben haber contribuido á que adquiera hácia aquel sitio mas ensanche la poblacion. Los ingleses por espíritu de egoismo ó por su muy general predisposicion á la soledad, estiman aquellos sitios y hacen construir sus casitas, á pesar de la completa esterilidad del suelo y hasta de la carencia de agua. Sin embargo, disfrutan de una temperatura agradable siempre, y de la vista del Océano y de los buques que entran y salen de la rada.

La ciudad habia cambiado de aspecto; poco á poco iba quedando desierta, retirándose cada cual á descansar del paseo, y á sustraerse de los rayos del sol. Sin embargo, la ciudad, á pesar de sus edificios públicos, suntuosos los mas, y de la belleza de la mayor parte de los particulares, ofrece cierta apariencia de tristeza que no puede atribuirse sino á la poca elevacion de las casas, comparada con la escesiva anchura de sus calles.

Entre las cosas que mas llamaron mi atencion, fué una la multitud de perros vagabundos que hallaba por todas partes, y que no parece sino que estaban encargados por la policía del aseo de la ciudad, segun el afan con que se disputaban las inmundicias, lo que á decir verdad no dejaba de ser importante por el descuido que reinaba en lo concerniente á higiene pública. Otra cosa notable tambien, es la ausencia de la mendicidad, lo que mas que al precio subido de los jornales, y á la baratura de los artículos mas indispensables para la vida, debe atribuirse á los numerosos establecimientos de beneficencia sostenidos por el vecindario, con una generosidad digna de elogio.

El castillo de Williams, llave del Africa Meridional, ofrece un aspecto imponente, pero triste, y al considerarlo detenidamente, no pude menos de dolerme de la suerte de los militares, reducidos á vivir en aquel recinto, sin otra distraccion que la de mirar al desembarcadero situado al pie de las murallas. Sin embargo, escepto en la mala estacion, período en el cual

El camino estaba cubierto de grandes carretadas cargadas de efectos.